

CRISTINA PRADA
EN UNA PLAYA
AL SUR DE TU
HORIZONTE



Seer Porter vive en el West Side. Tiene un buen trabajo, unas amigas a las que adora, y está muy unida a su familia, pero ella no es como todos creen. Su carácter decidido y extrovertido solo es una coraza para esconder a la chica tímida y a veces triste que en realidad es.

Ryder Quinn también vive en el West Side. Valiente e impulsivo, ha asumido que es mejor no creer en nada y ser fiel solo a tus propias reglas.

Desde que Seer y Ryder se ven por primera vez, algo a lo que no saben poner nombre ni color estalla entre ellos y toda su existencia acaba patas arriba.

Sin embargo, la vida de Seer da un giro de ciento ochenta grados cuando una mañana recibe una llamada de un abogado al que ni siquiera conoce. Su padre, que la abandonó cuando tenía cinco años, ha muerto y su última voluntad ha sido dejarle su rancho en Ubud, en Bali, Indonesia, al sur de todo su mundo.

Seer vuela hasta allí con la idea de venderlo, cerrar cualquier asunto pendiente y regresar, pero lo que encontrará en Ubud hará que se lo replantee absolutamente todo.

Las experiencias, la vida y los secretos de un lugar especial dibujarán el destino de Seer y Ryder, y su historia, llena de amor y de un sexo delicioso y delirante, los marcará para siempre.

Porque cuando el amor es de verdad nada más importa.

1

Seer

Tengo un secreto. No soy como todos creen que soy. Ellos piensan que yo, Seer Porter, soy extrovertida y valiente, pero eso es solo una coraza, algo que forjé hace mucho tiempo para protegerme; las corazas, el superpoder de los tímidos, nunca las infravaloréis. Soy una persona introvertida y, a veces, solo a veces, también, un poco triste. Esa parte de mí no la comparto casi con nadie y muy poquitos conocen cómo soy en realidad.

OCTUBRE

—¿No te vienes, Seer? —me pregunta Patricia, una de mis compañeras, con el bolso en una mano y su bonito abrigo negro doblado sobre el brazo, asomándose a mi puerta—. Vamos a ir a comer a Da Ambrosio, ensalada de endivias y parmesano —canturrea, tentándome.

Niego con la cabeza, esbozando una sonrisa, mientras vuelvo a revisar el último párrafo del reportaje. No me convence.

—No puedo —contesto—. Quiero terminar de corregir estos artículos.

Ella arruga el ceño, confusa.

—Pero la reunión de contenido no es hasta finales de semana —apunta.

—Ya lo sé, pero, si los acabo hoy, podré repasarlo con publicidad y tratar de que Di Giacomo me dé el porcentaje

más bajo de toda la revista.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que ceda? —
plantea con una sonrisa.

Di Giacomo es un hueso duro de roer y todos somos
muy conscientes de ello.

—No lo sé, pero, al menos, tengo que intentarlo.

Seer Porter nunca se rinde.

Ahora es Patricia la que asiente, y su sonrisa se ensan-
cha.

—Buena suerte.

Le dedico un saludo militar. Lo tengo todo bajo control.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No te preocupes, ya me las apañaré.

Nos despedimos y se marcha pasillo arriba.

Cuando me quedo sola de nuevo, releo por tercera vez
el artículo y, con el rotulador rojo, tacho la cuarta línea, en-
tera. Frunzo el ceño. Siempre que tengo que cambiar cual-
quier texto siento una pequeña punzada de culpabilidad,
pero no me queda otra. Esto es *Vogue*. Cada palabra que
publicamos, cada fotografía, deben ser absolutamente per-
fectas.

Diez minutos después estoy oficialmente muerta de
hambre y, por culpa de Patricia, no dejo de pensar en ensa-
ladas con parmesano y tostaditas untadas con provolone
picante.

Me levanto de un salto, rescato mi cartera del bolso y
bajo por las escaleras hasta la planta veintisiete, al departa-
mento de informática. Delante de la máquina de *vending*,
sonrío como si fuera Indiana Jones cuando encuentra esa
roca brillante en el templo, justo antes de que lo persiga la
pelota de piedra gigante; en realidad, como Indiana Jones
delante de cualquier cosa antigua que brille.

Esta pelirroja tiene que escaparse hasta el submundo de
«control más zeta» porque nosotros somos *Vogue*, y en *Vo-*
gue no hay máquinas expendedoras. Sí, así de dura es mi
existencia laboral, alejada de unas Pringles al menos cuatro

plantas, y lo cierto es que soy incapaz de entender por qué. Conozco al noventa y nueve por ciento de las personas que trabajan en la revista y todas, en algún momento del día, matarían por un paquete de patatas o un bollito con un porcentaje por lo menos de setenta a treinta de chocolate frente a masa.

Nuestro problema es que, el uno por ciento restante, es la editora jefa, Amelia McCallister, la CEO del universo de la moda. Es como Miranda Priestly en *El diablo viste de Prada*, con la única diferencia de que no se llama Miranda Priestly. Ella no sueña con Pringles, eso está claro. Seguro que le tiene prohibido a su cerebro imaginar cualquier tipo de hidrato de carbono.

Sin embargo, por favor, por favor, no me malinterpretés. Amelia McCallister es todo un referente para mí. Lo tiene todo bajo control, siempre. Sabe lo que quiere y no duda en ir a por ello contra viento y marea. Es fuerte, valiente, decidida.

Camino de mi mesa con mi botín, que incluye una Coca-Cola normal —nada de *light* o zero, soy una contestataria—, sonrío cuando oigo mi móvil sonar en el bolsillo de mi falda lápiz gris claro. Me siento muy orgullosa de esta falda, y más aún de haberla encontrado en mitad del caos de la mudanza. Sí, ayer fue mi primera noche en mi nuevo hogar: un bonito, y diminuto, superdiminuto, apartamento en pleno Upper West Side.

Mi sonrisa se ensancha cuando veo el nombre de Silver, mi mejor amiga, iluminarse en la pantalla.

—Sigues en la oficina —me reprende, cantarina, en cuanto descuelgo.

—Tú también —replico, segura de que es imposible que esté equivocada.

—Pero ¿por qué? —se queja, y sé que es la vez número un millón trescientas setenta y cinco mil novecientas cincuenta y tres que mantendremos esta conversación—. Tú no tienes nada que ver con esa gente.

—Quizás, en un futuro... —contesto, solo para chincharla.

Puedo jugar esa baza porque no me está viendo devorar patatas fritas como si estuviéramos en una película postapocalíptica.

—¿A ser una flacucha de una talla treinta cuatro que vendería a su madre por una hamburguesa con queso?

Ninguna de las dos lo somos, aunque tampoco somos lo que se dice iguales. Yo soy pelirroja, con el pelo indomablemente ondulado, tengo la cara llena de pecas y mi rasgo más destacable son los ojos verdes. Silver es rubia, con los ojos azules, la sonrisa perfecta y un cuerpo que vuelve locos a los tíos. Yo, menudita, con clara propensión a ser redondita y, cada vez que me las apaño para perder un poco de peso, siempre lo hago de las tetas. Señor, qué cruz.

De todas formas, esa clara desventaja respecto a Silver no es algo que me importe o me preocupe siquiera. Nos conocemos desde los cinco años, así que he aprendido a llevar con estilo lo de ser la «amiga simpática».

—Ey, no te burles —me mofo yo—, a la pobre Valeria Mazza no le cerraba la falda en ese anuncio de yogur —comento, socarrona, recordando el mítico anuncio junto a Cindy Crawford.

—Sí, recuerdo aquellos días —responde, nostálgica, riéndose de todo, como yo. Se nos da bastante bien—. Las recogidas de firmas, el debate en Naciones Unidas, «por favor, por favor, ayuden a la pobre supermodelo a meterse en una falda de talla infantil». Fueron tiempos difíciles —añade, sentida.

Sonrío de nuevo y me dejo caer en mi sillón.

—¿Tú por qué sigues todavía en el trabajo? —pregunto.

—No lo sé, creo que me da pereza enfrentarme otra vez a una entrevista de recursos humanos. Esos cincuenta minutos fingiendo que sabré guardarme mis impulsos sexuales en el remoto caso de que mi jefe se parezca a Chris Hemsworth me resultan agotadores.

Quiero contenerme, pero no soy capaz y acabo echando la Coca-Cola por la nariz. Tiene burbujas y es uno de los momentos más extraños de mi vida.

—Silver —me quejo cuando mis carcajadas, y mi angustia vital postre fresco en vías respiratorias, se acaban—, me refería a por qué estás en la oficina a la hora del almuerzo.

—Si no especificas... —replica a modo de pobre excusa.

—Me ha salido Coca-Cola por la nariz —protesto.

—¡Ja! —exclama, victoriosa—. ¡Lo sabía! Tú no eres como ellos.

—¿Qué crees que beben aquí? —pregunto, armada con un clínex, limpiando el estropicio de mi mesa y asegurándome de que no me he manchado mi camisa sin mangas con pequeños estampados de pájaros azul marino.

—Evian —responde sin un solo atisbo de duda—, sin gas. Un clásico de la elegancia. Las marcas de agua como Boss son cosa de nuevos ricos sin clase —concreta.

—Señorita Porter —me llama mi jefe, deteniéndose al otro lado de mi escritorio—, tengo que hablar con usted.

—Por supuesto, señor Tanaka. —Mentalmente me felicito por haberme deshecho de la lata de Pringles en cuanto me las he comido.

Me olvido del móvil. Sé que Silver no abrirá la boca. María, Silver, mi hermano Luke y mi hermana Elisabeth son los únicos que conocen a la chica tímida que soy de verdad, y tenemos una relación de codependencia entre todos que más de un psicólogo calificaría como obsesiva, porque nos pasamos horas colgados al teléfono y, lógicamente, nos hemos visto envueltos en situaciones de lo más variopintas. Por ejemplo, Luke estaba al móvil cuando María entró en su apartamento y encontró a su novio, Greg, con su vecina, Nadia. Este esgrimió en su defensa que se había quedado sin leche, ella le había dejado un brik y él había querido agradecersele. La leche debía de ser de avena enriquecida con vitaminas A, D, E y propiedades curativas, ro-

llo fuente de la eterna juventud, porque Greg se estaba esmerando muchísimo en darle las gracias (y ella estaba gimiendo como una loca).

Hemos vivido, a través del hilo telefónico, broncas en el trabajo, declaraciones amorosas e incluso increpaciones a un ladrón, advirtiéndolo de que iba a triangular su posición y que mandaría a por él a la triada china que siempre come en el restaurante chino de su calle —obra de Silver mientras me atracaban en la estación de metro de la 52 con la Avenida Lincoln, hace dos años—. El caso es que, para bien o para mal, sabemos mantener la boca cerrada al otro lado de la línea cuando la ocasión lo requiere.

—Vengo de una reunión de primer nivel —me explica—, y me complace poder contarle que tiene a algunas personas realmente impresionadas.

¿Qué?

¡Genial!

Esta revista es como un pequeño feudo isabelino, la jerarquía lo es todo. Yo soy redactora jefa de una de las once secciones en las que se divide la publicación, lo que significa que tengo diez compañeros con un puesto similar al mío y todos tenemos que rendir cuentas al director de contenido, el señor Tanaka, aquí presente, que a su vez forma parte de la Santísima Trinidad, junto al director de arte y el director de producción. Y ya os podéis imaginar quién es la única que está por encima de ellos, dominándolo todo con mano de hierro... Efectivamente, la mujer que decidió que el Klein era un tipo de azul —sí, esa parte de la peli es completamente verídica—, Amelia McCallister.

«Reunión de primer nivel» es una manera profesional de llamar al almuerzo de la santa trinidad en el que deciden qué cabezas rodarán mientras comen *sushi* y beben... agua Evian. Silver no se ha equivocado.

Mentalmente me obligo a no mostrar mis emociones y me yergo un poco más en mi silla.

—Muchas gracias —respondo con el perfecto tono a medias entre un «estoy agradecida» y un «no me afecta porque mis jefes me dicen esta clase de cosas todos los días»—. Solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible.

El señor Tanaka sonrío, comedido, pero, no os confundáis, es un auténtico halago. Él nunca sonrío ni muestra sus emociones; es como si estuviese en una esfera superior o fuese una especie de vulcano residente temporalmente en la tierra; larga y próspera vida.

—Siga así —comenta.

Un deje de auténtico orgullo me serpentea de pies a cabeza y asiento, contenta. Él me devuelve el gesto y se gira para marcharse... pero entonces algo en mi mesa le llama la atención.

—¿Eso es una Coca-Cola con azúcar?

Me muevo veloz, agarro la lata y la tiro a la papelera.

—Se la he quitado a una de las redactoras —miento como una bellaca—. En una revista como *Vogue* no podemos permitir este tipo de comportamientos.

Él vuelve a mover la cabeza afirmativamente, satisfecho y también cómplice, tratando de transmitirme su apoyo por haber hecho lo correcto y, al final, se marcha.

Tras unos segundos de prudente silencio, oigo de nuevo la voz de Silver:

—¡Enhorabuena, pequeña! —grita desde el teléfono.

Me incorporo tras recuperar la lata de refresco de mi papelera, la limpio y le doy un trago enorme.

—¡Gracias! —exclamo, feliz.

—Esto hay que celebrarlo.

—Sí. Sí. Sí —contesto mientras me marco un baile sin levantarme del asiento.

Ya no tengo por qué disimular. ¡La santa trinidad cree que lo estoy haciendo bien!

—Daré el aviso.

—Nos vemos a las cinco en punto —sentencio.

—Ni un minuto más, Seer Porter —sentencia ella.

Sonríó como sé que lo está haciendo mi amiga, colgamos y, más feliz que una perdiz, vuelvo al trabajo.

* * *

Cuatro horas después estoy saliendo de mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja y las previsiones de temática del número que viene bajo el brazo para repasarlas en casa.

—Aquí estás —me saluda, o me desafía, con Silver nunca se sabe, por eso es tan divertido que seamos amigas, desde el interior del ascensor en cuanto las puertas se abren.

Sí, Silver Green también trabaja en *Vogue*, en concreto dos plantas más arriba, como ayudante ejecutiva de la señora Jennifer Guardian-Costwright, la directora del departamento de modelaje o, lo que es lo mismo, la encargada de decidir, entre otras cosas, si una modelo es lo suficientemente guapa y está lo suficientemente en boga como para ser portada de la publicación.

—¿Creías que iba a echarme atrás? —planteo, socarrona, entrecerrando los ojos—. Esta noche toca fiesta, pequeña —afirmo con una sonrisa.

Silver me la devuelve y pulsa el botón del vestíbulo.

—¿Estaba buena la Coca-Cola de tu papelera? —pregunta, cogiéndome por sorpresa y demostrándome una vez más que o bien ha colocado una cámara en mi despacho para poder cotillear o es cierto que tiene superpoderes en lo concerniente a inmiscuirse en la vida de los demás; yo, después de veintiún años de amistad, aún dudo qué opción escoger.

—Buenísima —respondo sin ningún remordimiento mientras las puertas se cierran. No los tengo.

Treinta minutos después estamos saliendo de la estación de metro de la 72 Oeste, justo frente al Gray's Papaya.

—Tenemos que pasar por el supermercado —le recuerdo a Silver.

—No me apetece —se queja con un mohín—. ¿Por qué no pedimos comida a domicilio?

—Y la pediremos, lo que quieras —me la gano—, pero aun así he de ir, porque no tengo *absolutamente* de nada —y recalco el adverbio—. Me mudé ayer y todavía no he podido hacer una compra decente.

—Está bien, ¿qué necesitas? —me pregunta mientras giramos hacia la 74, rumbo al supermercado Fairway.

Finjo pensarlo un segundo.

—De todo, pero me conformaré con lo básico: papel higiénico, pan de molde, mermelada de arándanos, galletas de chocolate, palomitas de caramelo y vodka —apunto, burlona.

—Amén, hermana.

Las dos asentimos, conformes con mi lista de indispensables. Somos dos mujeres con una misión... y tardamos algo así como dos segundos en romper a reír.

—Algo para picar, algo para desayunar... y el papel higiénico, por supuesto —contesto ya hablando en serio—. Mañana volveré con más tiempo.

Ya a unos pasos, una de las paredes exteriores de la tienda llama de inmediato mi atención. Está cubierta de cestos con flores y más flores, llenando todo el muro de los colores más vivos, que contrastan mágicamente con las primeras luces del atardecer. Me quedo observándola como una idiota más de la cuenta y sonrío de oreja a oreja. Me encanta.

—Yo me encargo de buscar algo de picar y tú, del desayuno —me ofrece Silver cuando atravesamos las puertas.

Asiento.

—Regaliz rojo —apunto.

—Capitan Crunch —añade.

Parece que las dos lo tenemos muy claro.

Recorro los pasillos cogiendo algunas cosas. Como me falta de todo, no necesito hacer memoria, así que es bastante fácil. Con una bolsa de manzanas, un paquete de pan de molde y un bote enorme de mantequilla de cacahuete me encamino al pasillo de los cereales.

¿Dónde están los malditos Capitan Crunch? Reviso balda tras balda, pero no consigo dar con ellos. Resoplo. Es materialmente imposible que no los tengan.

Entonces... pasa... por la más pura casualidad.

—Aquí tiene —dice una voz.

Me giro y veo a una de las dependientas entregando, más que solícita, un paquete de Honey Bun a un hombre. Ella sonrío, incluso se muerde el labio inferior sin poder dejar de mirarlo, pero él no dice nada, solo asiente efímero, casi desganado, aunque manteniendo unos modales impecables, y un esbozo de sonrisa, aún más débil, se cuelga en sus labios.

La empleada también asiente, como si pretendiese arengarse para iniciar una conversación o algo parecido, pero finalmente, con la misma sonrisa de oreja a oreja, lo mira unos segundos más y se marcha, volviéndose un par de veces antes de girar por el pasillo catorce.

Él finge no darse cuenta, aunque sería imposible no haberlo hecho, y yo no puedo evitar fijarme en él. Tiene el pelo castaño claro, barba de un puñado de días y los ojos claros, no soy capaz de precisar el color; es alto y delgado, pero, aunque parezca lo contrario, no es ninguna de esas características la que está llamando poderosamente mi atención. Sin proponérmelo, vuelvo a recorrer cada uno de sus rasgos con la mirada. Tiene algo, no sé el qué. Es guapo, muy guapo, no soy tonta, pero hay algo más. Parece... enfadado con el mundo, cargado de esa clase de tristeza que se te mete bajo la piel y, aunque sigas adelante con tu vida, nunca logras sacártela de ahí.

Él se pasa la mano por el pelo, pensativo, provocando que el abrigo marinero azul marino que lleva puesto se le

abra sobre el pecho y revele una camiseta sin mayor pretensión que ser gris y unos vaqueros gastados. Agarra con fuerza el paquete de cereales y echa a andar.

—Ahora entiendo que te hayas entretenido, pequeña sinvergüenza —comenta Silver, deteniéndose a mi lado y cruzándose de brazos, observando cómo se aleja—. Es atractivo y muy guapo, rollo torturado. Eso tiene mucho público.

Tuerzo los labios, fingiendo que no entiendo a qué viene el comentario. Cojo el primer paquete de cereales que pillo, lo tiro en mi cesta y, decidida, echo a andar en la dirección opuesta a la que ha tomado el hombre.

—Ey —se queja Silver—, esos no son Capitan Crunch.

—No les quedan —miento, sin detenerme.

Unos diez minutos después estamos en la cola y, tras un par más, saliendo del Fairway rumbo a mi piso.

—Está claro —dice Silver, pensativa, devolviéndome a la conversación.

Una a la que no he estado muy atenta, con franqueza. ¿Por qué empaquetan el regaliz rojo como si fueran a enviarlo a Marte en un trasbordador? Quiero comérmelo ya. Sonrío, triunfante, cuando consigo agujerear el paquete con la llave de mi piso. ¡Ja! ¡La victoria es mía!

—Tiene que vivir por aquí —continúa.

—¿Quién? —pregunto, prestándole atención al fin y dándole un bocado a mi regaliz. Está delicioso.

—¿Quién va a ser, Seer? —se queja con un resoplido—. El guapo torturado del súper.

Asiento tratando de restarle importancia, pero la verdad es que resulta un poco complicado cuando, sin ni siquiera pretenderlo, una imagen totalmente nítida de él se planta en el centro de mi mente. Es alto, debe medir al menos uno ochenta, y delgado, pero estoy segura de que bajo esa camiseta se escondían unos músculos perfectamente marcados. La clase de músculos en los que piensas cuando lo ves encima de ti en la...

—¿Qué pasa con él? —me obligo a reconducirme.

—Que estoy convencida de que vive por aquí —repite con fastidio—. Tienes que escucharme cuando hablo —protesta, clavándome el índice en el costado.

—Ay —gimoteo, lastimera—. Te estaba escuchando —miento de nuevo, con el único objetivo de que se sienta culpable—. Y no, no tiene por qué vivir por aquí... o sí —añado, recapacitando sobre mi propia idea—, pero esto es Manhattan, así que, con que lo haga cinco manzanas más arriba, estamos hablando de algo así como miles de personas de distancia.

Somos como abejitas en la colmena más bonita del mundo.

—Ese supermercado es demasiado cutre como para ir si tienes otra elección cerca —argumenta Silver.

Pongo los ojos en blanco mientras cruzamos Amsterdam Avenue.

—Es un súper normal y corriente, solo que a ti no te lo parece porque no es *gourmet* —pronuncio la palabra irriantemente burlona—. Eres una esnob.

—Perdóname por querer cosas de calidad.

Alza la mano para coger un regaliz de la caja, pero yo muevo el cuerpo y, con él, la bolsa que llevo entre las manos justo a tiempo. No es que no quiera compartir mis golosinas con ella, aunque claramente no se lo merezca —creo que me ha tocado un órgano interno con el índice—, pero pretendo demostrar una teoría.

—Las cosas buenas, como el regaliz rojo, pueden estar en cualquier parte. No necesita venderse en un súper donde los empleados llevan corbata y delantal y donde el pan con semillas de no sé qué vale cuarenta pavos.

Ella frunce los labios, siguiendo mi argumento. Quiere regaliz y, que lo quiera, solo indica que tengo razón. Sonrío, victoriosa, y vuelvo a girarme, dándole acceso a mis chuches. Ella no lo duda, estira la mano, coge uno y le da un bocado.

—Efectivamente —asevera sin remordimientos, alzando la barbilla—. Si me cuesta cuarenta pavos y me lo sirve un tipo con corbata, me sabe mucho mejor.

—*Porque-eres-una-esnob* —repito, haciendo hincapié en cada palabra mientras tomamos Columbus y enfilamos mi calle—. Lo que no deja de ser gracioso, porque te criaste en Queens.

—¿Insinúas que no se puede ser pija y de Queens?

—Insinúo que, cuando éramos niñas, nuestras casas eran tan minúsculas que, si estirábamos los brazos, tocábamos las dos paredes de nuestra habitación.

—Tenía sus ventajas —replica Silver, encogiéndose de hombros—. Éramos las más rápidas en encontrar los huevos de Pascua que nos escondían en el apartamento.

Nos miramos, guardamos silencio un segundo y tardamos aproximadamente otro más en echarnos a reír. Queens estuvo genial.

—Por fin llegáis —nos azuza María, incorporándose de la pared de mi edificio donde estaba apoyada—. Llevo horas esperándoos.

—Has salido de la universidad hace cuarenta minutos —le recuerdo.

María es profesora de Competitividad Jurídica en el campus de la George Washington, en Nueva York.

—Eso da igual —me rebate—. Estoy cansadísima —añade, melodramática—. Muy muy cansada.

La observo, está a punto de ponerse a cantar como un personaje de *La traviata* para que comprenda la importancia de su sufrimiento, y sonrío.

—¿Regaliz? —le ofrezco.

Ella sonrío, coge uno y lo muerde. Todo solucionado.

—¿Dónde está Luke? —indaga María mientras salimos del ascensor.

—Llegará en unos... —Silver comprueba la hora en su reloj de pulsera— veinte minutos. Tenía una reunión de última hora.